

Racismo peruano, ni calco ni copia

WALTER TWANAMA*

PARA TÍ ESTO NO ES UNA NOVEDAD

Lector o lectora de *Quehacer*; no es necesario convencerte de que la discriminación existe en nuestro medio; seguramente tú puedes enumerar no uno sino varios ejemplos de este fenómeno. En general, sabes que el grupo social en el que se naces, la etnia, el lugar del país, ser *colorao*, *morenito* o *cobrizo*, establecen barreras entre peruanos, además de ser predictores muy eficaces, demasiado, de las oportunidades que tendrás a disposición en tu vida personal.

También es probable que tus primeras nociones de injusticia estén ligadas a situaciones tempranas en que has percibido alguna forma de discriminación, por ejemplo preferencias o postergación entre miembros de la familia, o el trato dado a la empleada del hogar, alguien a quien casi siempre se trata de tú pero que debe tratarte de usted.

No sé si has pensado también en que algunas de las dimensiones más personales e íntimas de la vida cotidiana están marcadas por este fenómeno: la atracción que ciertas personas ejercen y otras no; la seguridad personal en diversas situaciones, tus expectativas respecto a cómo te recibirá la gente. Igualmente, pueden aparecer rastros de tu sensación respecto a la discriminación y la injusticia que conlleva en tu elección vocacional o en tu adhesión a algunas ideas: estoy convencido, por ejemplo, de que el marxismo nos sirvió a muchos para poner en palabras esta dimensión, más primaria, más temprana y más difícil de tratar porque toca el núcleo personal más profundo.

¿Exagero? No lo creo, la discriminación da forma a nuestra cotidianidad, estableciendo quiénes somos «nosotros» y quiénes son los «otros». Y esto tanto si tú has discriminado a otros, como si has sentido que alguna vez te discriminaron, así después hayas hecho valer tus derechos. Deben ser muy pocos los peruanos que no hayan hecho una cosa y sentido la otra; y quien no, al menos ha sentido lo que se llama el «racismo desde abajo», del que no se habla porque genera culpa y es políticamente incorrecto.

Pero hay algo importante: la discriminación aquí se parece pero no es igual a la que hubo en los clásicos ejemplos de racismo en la posguerra: el *apartheid* sudafricano, la segregación racial que generó en los Estados Unidos los grandes movimientos pro derechos civiles, etcétera. Como en la culinaria, en el campo de la discriminación también hay un aporte peruano. Veamos un poco sus rasgos más saltantes.

CHOLEAR EN LIMA, OTRA VEZ

Hasta ahora hemos venido hablando de discriminación y racismo indistintamente, pero quisiera en este punto introducir un concepto que reemplaza mejor estos términos y es específica de nuestro medio: *el choleo es la principal forma de discriminación y establecimiento de distancias y jerarquías entre los peruanos*. En cada sociedad hay distintas maneras de organizarse, preservar el orden, asignar recursos materiales y simbólicos, y el *choleo*, al establecer distancias y jerarquías, ha sido nuestra herramienta principal en ese terreno.

En el Perú choleamos y nos cholean, y con ello establecemos jerarquías, superioridades e inferioridades. Y esto, que es tremendamente limitante para los individuos, resulta al mismo tiempo una forma de tener un orden social y preservarlo, asignar un sitio definido a cada persona. Por ese motivo, cholear es algo que se enseña a los niños, se aprende en la casa y se consolida en la escuela. Como diría un educador, es un contenido transversal del currículo para hacerse peruano, es parte de nuestro manual de instrucciones para la vida.

Este choleo tiene dos características notables que vale la pena mencionar:

- (i) Cholear no es privilegio de un grupo: no es que unos cuantos peruanos tratan a los demás como cholos y por lo tanto como inferiores; no hay un grupo único que cholea; más bien, el fenómeno de marras recorre casi toda la población.
- (ii) No hay un «cholo» puro, indudable, de acero inoxidable, preexistente al choleo. Normalmente, pensaríamos que alguien que no es cholo «cholea» a alguien que es «cholo». Pero, dado que casi cualquiera puede cholear a algún otro, parecería ser que, al contrario, el «cholo» se crea en la interacción.

Pero entonces, ¿quién cholea a quién? Esa es una pregunta clave y la respuesta no parece ser tan simple. Cuando dos peruanos que no se conocen ni tienen una relación previa establecida se encuentran en el extranjero, en Lima o en cualquier parte, se da un proceso mudo por el cual definen si se tratarán como iguales, o si uno de los dos va a cholear al otro.

¿Cómo saben quién hará qué? Cada uno de ellos evaluará comparativamente qué rol le toca mediante un proceso complejo en el que integra rasgos físicos de la persona que tiene al frente con algunos otros indicadores: indicios de estatus socioeconómico, manejo del castellano o del idioma que estén utilizando, rastros de acentos regionales o del ámbito rural. Y esto ocurre porque a pesar de su apariencia inicial, esta forma de discriminar —el choleo— no es solo racial e incorpora una serie de elementos que dan cuenta de diversas variables sociales.

Para usar una metáfora, los peruanos se evalúan entre sí haciendo una especie de ecuación que nos permite decir «este es inferior a mí, por lo tanto tengo derecho a cholearlo» o «este está socialmente en mejor condición que yo, por lo que seguramente me va a cholear». A esto le he llamado antes un *modelo matemático para cholear*; sintomáticamente, se parece a lo que en Estadística se llama un *análisis discriminante*. Vemos así que una relación supuestamente *biológica* incluye una serie de variables adicionales. Por ejemplo, alguien con apariencia de limeño tradicional al que le descubrimos acento serrano pasará a ser tratado distinto de lo que su inicial presencia prescribía. Los peruanos somos rapidísimos en leer esos detalles, o en inventarlos.

Esta «habilidad» para cholear se pone en marcha automáticamente y su resultado aparece a quienes lo realizan como una simple evaluación racial. Se parece mucho a los patrones estéticos porque se adquiere en los años más tempranos, y por eso guía juicios y comportamientos y es muy resistente a ser modificada por esfuerzos racionales.

Dicho esto, en nuestros días no es verdad que baste con cholear para llevársela fácil: por un lado, cholear no funciona con tanta fluidez como una habilidad cultural «neutra» —por ejemplo, la capacidad de diferenciar distintos tipos de hielo en un esquimal—, pues los sujetos estamos sometidos a una multiplicidad de mensajes (religioso, cívico, etcétera) que modulan nuestro ejercicio de la discriminación, y somos sensibles a la presión moral, a la corrección política, a la opinión de los demás, podemos sentir vergüenza de nuestros sentimientos discriminadores. Esto hace que se generen posibilidades de negociación en nuestros espacios de encuentro entre desiguales. Por lo mismo, hacer de la discriminación materia de discusión pública también contribuye a modificarla.

Por otro lado, el «choleo» es sensible al contexto; hay formas de intercambio —como el comercio— que invocan menos la posibilidad de discriminar que otras, como el matrimonio. Además, también es verdad que las experiencias de vida y los cambios en el sistema de incentivos tienen efecto sobre cómo se ejerce la discriminación.

Esta sería nuestra peculiar manera de discriminar: un racismo no peor pero conceptualmente más complicado que sus pares ya nombrados; probablemente en su raíz se encuentre el alto nivel de mestizaje que ha generado la expresión «quien no tiene de inga tiene de mandinga» que, hasta donde sé, nadie dice feliz y orgulloso.

Un triste corolario de este análisis es que los encuentros entre peruanos casi siempre se inician con mucha desconfianza y conflicto. Esto es, en palabras de Juan Abugattas, porque

El peruano se piensa a sí mismo y piensa sus relaciones con el prójimo en términos de oposiciones bi y tripolares, tales como «gente decente / gente de medio pelo / indios» o provincianos / limeños, o serranos / costeños, o militar / civil, etc. Todas estas oposiciones se articulan a partir de... la autopercepción del sujeto como integrante de un grupo humano reducido, que puede ser el grupo de amigos-compadres, o el grupo familiar. El individuo, pues, visto de cerca y con lupa no es tal, sino que es, ante todo, miembro de una suerte de minicorporación.¹

Para terminar con esta parte, iba a decir que cholear es poner una barrera entre dos o más personas, pero es más exacto decir que es restringir el repertorio de relaciones e intercambios entre dos o más personas: al negarnos experiencias, cholear empobrece nuestra vida.

ESTO NO SIEMPRE HA SIDO ASÍ...

Si recorremos la historia de nuestro país encontraremos que los patrones de relación entre diferentes han cambiado mucho. Simplemente enumero algunos hitos centrales en este proceso: un pasado prehispánico que en cierto modo se actualizó con la presencia de los comandados por Pizarro; Cajamarca, 1532 como mito de origen de estas relaciones; el *revival* andino que se produce en el siglo XVIII aprovechando el régimen de dos repúblicas —de indios y de españoles— y que tiene la Gran Rebelión de Túpac Amaru II como punto culminante; la Gran Represión tras la derrota de Túpac Amaru; la Gran Ilusión de construir un país a la usanza moderna de los sectores criollos respecto a la independencia.

A continuación algo extraño ocurre: el Desencanto Criollo, probablemente producto del repetido fracaso en la construcción de una república y un orden moderno que el Perú vivió durante el siglo XIX. No sabemos cuánto de este fracaso es atribuido por nuestros criollos a la presencia indígena en el paisaje peruano; tal vez para ellos aquí se «jodió el Perú». Hoy, esto puede sonar raro y hasta paradójico, en tanto el actual concepto de modernidad integra la diferencia, pero debemos recordar que esta idea se ha ido decantando, pues lo moderno en el Perú normalmente ha sido evaluado por el brillo, el metal y el plástico, sus rasgos exteriores. Sintomáticamente, estos años coinciden con un esfuerzo de las clases altas por «blanquearse», por la vía de las alianzas matrimoniales, y con dispositivos que ofrecen ventajas diversas a los ciudadanos de otros países, básicamente europeos, para animarlos a venir al Perú, a desarrollar el interior del país.

Otros momentos importantes corresponden al repoblamiento de los Andes y obviamente las sucesivas olas de migración propias de la segunda mitad del siglo XX. En este último período nuestras ciudades tomaron su rostro actual y se produjo un auge del choleo: la coexistencia en espacios urbanos cada vez más cercanos seguramente exacerba las resistencias a incorporar a los recién llegados. Finalmente, aunque siempre habrá cosas nuevas que procesar, están los años vinculados a la violencia terrorista, que traen un nuevo estigma sobre la población más indígena. En el futuro también habrá que ver si, por ejemplo, nuestro novísimo auge económico afecta de un modo nuevo las relaciones entre quienes «no son de igual valor».

Estos hitos muestran que en este tema hay cambios positivos y negativos importantísimos; hoy nadie cantaría sin riesgo que «la cocinera no es una chola cualquiera», como nos enseñó el querido Tío Johnny en la década de 1960; hoy Tongo es un vocero —peculiar, sí— de Telefónica, y en esa rara vida real que es la prensa de espectáculos un gerente de canal de televisión puede enamorarse sucesivamente de una mujer nacida en un callejón y de otra nacida en un cono. ¿Significa esto que en el Perú ya estamos libres de la discriminación? No, pero significa que esta varía, se metamorfosea, por ratos se recupera, pero también es bloqueada y sitiada por quienes no quieren dejarse cholear más y por lo que podríamos llamar «evolución valorativa», propia de la filtración gota a gota que la modernidad cumple en nuestro medio.

Hay hoy espacios de integración muy diversos en los cuales blancos y cholos coexisten, se reconocen, incluso se valoran mutuamente; espacios de creación cultural, espacios de reconocimiento, pero también espacios productivos. Pero están además el mercado, que tiene un rol unificador, y también la política, que obliga a la confluencia de los peruanos: gracias a que existen espacios de representación nacional en los que estamos obligados a encontrarnos y a reconocernos, nadie puede vivir de espaldas al hecho de que los peruanos somos diversos. Los estadios, la música y la comida, ahora tan de moda, pero también el mercado y el congreso.

Obviamente en el Perú hay quien todavía se aísla —Asia puede ser un ejemplo de eso—, pero diariamente se producen encuentros impensables para quienes nacimos y crecimos hace cuarenta años o más. El Perú ha cambiado de una manera radical en este encuentro de gente de todas partes que empieza a valorarse. Pero mucho se conserva, en parte porque en sociedades como la nuestra lo tradicional no es dejado totalmente de lado sino que convive con la modernización, coexiste por largos períodos, pero también porque los cambios en este terreno se han dado por generación espontánea.

¿AL FIN CHOLOS?

¿Hay manera de que avancemos hacia un país menos segregado, más igualitario, dado el escenario en el que actuamos hoy?

Cuando se discuten los temas del racismo, choleo, interétnicidad y discriminación en nuestro país, casi automáticamente surge un concepto que parecería ser la panacea para el problema: la *identidad nacional*; un día todos los peruanos marcharemos hacia algún objetivo común, seremos un esforzado batallón uniformado, de gente que comparte muchísimos rasgos, gente aperfilada, y que camina junta hacia una meta.

Me animo a ir contra la corriente en este punto: la posmodernidad ha redondeado una crítica al concepto de identidad que tiene su origen en el psicoanálisis y otras corrientes psicológicas, por la cual la identidad individual no es tal pues el propio psiquismo está conformado por discontinuidades: ni siquiera como sujeto soy permanentemente idéntico a mí mismo. Las llamadas identidades colectivas son, a lo más, resultado de procesos de identificación, tejidos de imágenes y de símbolos.

Esto puede parecer una objeción puramente conceptual, pero hay algo más importante: las identidades nacionales logradas se construyeron en la gran ola de los nacionalismos del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, y lo hicieron normalmente en entornos hostiles sobre la base de negar singularidades y diferencias para priorizar antecedentes y una historia en común. Pero ese tren se ha perdido, interna y externamente, debido a la actual —mundial— reivindicación de la diversidad y los particularismos y a procesos regionalistas y descentralistas que se apoyan, entre otras cosas, en regulaciones políticas y también en la forja de mercados. Es tarde para construir una identidad nacional basada en la tierra y los muertos (V. A. Belaunde *dixit*). Más aún, los treinta millones que somos, marcados por los conflictos descritos más arriba, o por el aislamiento, tenemos poco en común en qué reconocernos. Por dar un ejemplo, la incorporación de nuestra Amazonía es historia recientísima y probablemente sea más una consecuencia no buscada del cultivo masivo de la coca que un efecto de nuestra vocación integradora.

Empleando un término ya en desuso, creo que la noción de identidad nacional es un obstáculo epistémico para alcanzar los objetivos deseables de desarrollo humano e integración para los peruanos.

Menos ambiciosos pero más efectivos, podemos imaginar un destino común basado en una confluencia de intereses: es un poco lo que se nos propone desde el lado más lúcido de quienes apuestan a acelerar nuestra integración a Occidente, entendiendo a este último no como un país específico sino como el «sujeto» del proceso de globalización. A esto podemos llamarle comunidad o proyecto, y obviamente tendrá también algunos componentes imaginarios, pero puede parecerse más a un plan que el famoso asunto de la identidad, porque el énfasis está puesto menos en nuestro pasado común que en el futuro que podemos construir.

¿Y ENTONCES?

Creo identificar tres formas de ir en contra de la discriminación de la que venimos hablando, que pueden pensarse como complementarias entre sí:

En primer lugar, hay un frente interno que atañe al sujeto y a su entorno más cercano, subrayado por Jorge Bruce en su reciente libro.² Esta es una batalla indudablemente necesaria en la medida en que contribuye a hacer nuestra vida en común más civilizada y además porque el racismo *modelo peruano* lo heredamos, con nuestros patrones culturales, de una generación a otra.

En segundo lugar, convertir este en un tema público y generar un movimiento por derechos civiles, como se ha visto en otros países, es otra línea de trabajo a desarrollar. Académicos como Portocarrero y Manrique se han esforzado para poner este tema sobre la mesa; el abogado y activista Wilfredo Ardito también debe ser nombrado aquí. Esto podría derivar en diversos escenarios, por ejemplo la generación de políticas de afirmación activa, revaloración cultural y discriminación positiva, siempre opinables.

En tercer lugar, hay que bajar la correlación raza-pobreza. «Todos conocemos la cara de la extrema pobreza en el Perú: indígena, serrana, quechuahablante, analfabeta, minifundista en tierras poco productivas dedicadas generalmente a tubérculos, poblacionalmente atomizada, centrada en el autoconsumo y un poco de trueque en ferias, muy alejada espacialmente de los servicios de salud, educación, etc.». La cita es de Aldo Mariátegui.³ Más que de excluidos, estamos hablando de los eternos

no incluidos, nuestra frontera interna, ahí donde nunca hemos llegado. Pues bien, mientras tengamos poblaciones no incluidas en el desarrollo, la matriz categorial cognitiva de la discriminación y el choleo permanecerán en nuestras cabezas porque seguirán siendo herramientas eficientes para predecir a quién podemos tratar mal o de quién nos cuidamos, convirtiéndonos en discriminadores, activos o pasivos.

En esta línea de razonamiento, la mejora de la infraestructura, desarrollar mercados y facilitar la inversión, un sistema judicial nuevo y justo, políticas sociales eficaces e incentivos para promover el reagrupamiento de las poblaciones más dispersas en conglomerados mayores, podrían tener consecuencias impensadas respecto a la discriminación.

Con peruanos de segunda clase, a quienes no llegan los beneficios de la modernidad y del crecimiento, personas que pueden dejarse de lado y para las que no hay derechos, siempre habrá una base objetiva para la discriminación; seguirán siendo el último eslabón de la cadena del choleo, a partir del cual ella se seguirá reproduciendo.

* Psicólogo (PUCP) y maestro en Ciencias Sociales (FLACSO, México). Actualmente es director de la International Youth Foundation en el Perú.

1 «Ideología y ciudadanía en el Perú actual», *Quehacer*, n.º 34.

2 *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad San Martín de Porres, 2007.

3 *Correo*, «La columna del director», Lima, 26 de mayo de 2008.